

COMENTARIOS SOBRE UN VERSO DE SOR JUANA EN *EL SUEÑO*

Alejandro González Acosta



En una lejana mañana de 1987, hace más de 30 años, Antonio Alatorre (1922-2010), el maestro indiscutible de sorjuanistas y autoridad reconocida en la poesía del Siglo de Oro, confesó, ante el asombro de quienes lo escuchábamos –entre deleitados y aterrados– en sus cursos que tomábamos entonces en El Colegio de México, su “estupor” ante un verso de *El sueño*, el portentoso poema de sor Juana Inés de la Cruz. Se trata del verso 630: “los dulces apoyó manantiales”. Y se ubica en esta estrofa:

De esta serie seguir mi entendimiento
el método quería,
o del ínfimo grado
del sér inanimado
(menos favorecido,

si no más desvalido,
de la segunda causa productiva),
pasar a la más noble jerarquía
que, en vegetable aliento,
primogénito es, aunque grosero,
de Thetis, –el primero
que a sus fértiles pechos maternas,
con virtud atractiva,
los dulces apoyó manantiales
de humor terrestre, que a su nutrimento
natural es dulcísimo alimento–,
y de cuatro adornada operaciones
de contrarias acciones,
ya atrae, ya segrega diligente
lo que no serle juzga conveniente,
ya lo superfluo expele, y de la copia
la substancia más útil hace propia;¹

El maestro Alatorre reconoció que nunca había podido entender el empleo específico del verbo ‘apoyar’ en este verso. En efecto, como he comprobado, no sólo no aparece nada aplicable para iluminarlo entre las ocho acepciones que hoy recoge el *Diccionario de la Real Academia*, y tampoco se registra en el *Diccionario de autoridades* (1726), ni en el útil *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*, de Esteban de Terreros y Pando (1786). En la meritoria prosificación que Alfonso Méndez Plancarte realizó sobre *El sueño* –a semejanza de las que antes hicieron Alfonso Reyes sobre el *Poema del Cid* (1919) y Dámaso Alonso para las *Soledades de Góngora* (1927), respectivamente– aparece su interpretación sobre esa enigmática estrofa:

Mi Entendimiento, pues, quería seguir el método de esta ordenada sucesión de actividades cognitivas: o sea, partiendo de los seres inanimados (o Minerales), –los menos favorecidos, por no decir que desvalidos, por la Naturaleza, que es la

‘causa segunda’ que los produjo–, pasar después a la jerarquía, más noble, que –ya con vida vegetativa– es el primogénito, aunque grosero, de Thetis (o sean, las Aguas); el Reino Vegetal, que fue el primero que, con su virtud succionadora, les oprimió a sus fértiles pechos maternos las dulces fuentes de ese jugo terrestre, que es el alimento dulcísimo para su natural nutrición; y jerarquía, esa misma, que –adornada de cuatro operaciones contrarias–, ora atrae esas savias de la tierra, ora aparta cuidadosa lo que de entre ellas no le resulta asimilable, ora expele esos elementos superfluos, y ora, en fin, convierte en su propia substancia las substancias más útiles de entre las que había acopiado.²

En las “Notas” que incluye en esta edición, Méndez Plancarte señala sobre estos versos:

–v. 626-7: cfr. *Góng.*, Polif., oct. 11, hablando de las bellotas: “el tributo, –alimento, *aunque grosero*, / del mejor mundo, del candor *primero*” –... –*Themis*, la hija de Urano, hermana de Saturno y diosa de la Justicia eterna (y madre de Astrea, la diosa de la justicia humana), no parece venir aquí muy a cuento... (Vossler anota dichos caracteres, mas sin advertir la dificultad). ¿Será errata por “*Thetis*”, la esposa del Océano y madre de los Ríos y de las Océánidas...? En tal hipótesis, todo se aclara: los ínfimos vegetales, –las algas marinas–, son los primeros que exprimen los pechos maternos de Thetis, –los manantiales del agua, que es el “humor terrestre” –, al nutrirse de ella... Por eso introducimos en el Texto –aunque no sin dudar un poco– esta corrección.³

Hizo bien en dudar Méndez Plancarte. Creo que toda la confusión y la duda parten del vocablo “apoyó”, el cual no explican Vossler, Méndez Plancarte ni los siguientes comentaristas del texto consultados, y era el origen del estupro de Alatorre.

Entre las múltiples acepciones que el verbo ‘apoyar’ tiene, aunque no se encuentre recogido en los repertorios habituales, está el americanismo popular y especialmente campesino “dejar mamar el ternero para que baje la leche”, y derivado de esto, ‘apoyo’ es la “última leche sacada de la vaca”.⁴ Y el procedimiento al que alude es como sigue: el ordeñador permite que el ternero recental (es decir, el que todavía sólo se alimenta de leche, o que aún no ha pastado), y que tampoco es aún becerro (de menos de un año), llegue a su madre y “le tope” las ubres con un golpe del hocico, que tiene el efecto de hacer descender la leche hacia las puntas de las tetas, y suele producir un fuerte chorro inicial que indica la disponibilidad del líquido. Esto yo lo sabía muy bien en 1987, por haber pasado algunas vacaciones de mi infancia en una finca de mis abuelos y visto ordeñar las vacas. Así se lo dije a mi maestro Alatorre en ese momento y, por toda reacción, me miró fijamente, inclinó la cabeza y pasó a otro asunto, lo cual ya era bastante... Ése fue el único “aporte”, modestísimo e intrascendente, que pude realizar en las clases con el maestro Alatorre. Sin embargo, creo también que este suceso simplemente anecdótico, permite rectificar además una lectura errada de un crítico sobre esta parte del poema.

A semejanza del ternero, Hércules topa con su boca el seno de Hera (en este caso, la fuente pseudomaternal), y hace el “apoyo”, del cual resulta el chorro de leche inicial que origina la Vía Láctea; un efecto *físico* –el golpe y el consiguiente descenso de la leche– se transmuta en un hecho *glandular* (secreción del líquido) y se convierte en un suceso *cósmico*: el nacimiento de la galaxia. En la mitología griega, el origen de la Vía Láctea está muy relacionado con esta práctica rural aludida por sor Juana, nacida y formada en una alquería, y en estrecho contacto con los animales que en ella se criaban. El estu-



Busto de sor Juana Inés de la Cruz en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México.

“

El maestro Alatorre reconoció que nunca había podido entender el empleo específico del verbo ‘apoyar’ en este verso.

”

dio a profundidad de la infancia de aquella niña tan especial y receptiva en ese mundo rural y mágico todavía nos puede reservar algunas sorpresas, sobre todo para la crítica que centra su atención en su desvelamiento posterior ya en la corte virreinal.

Se conocen dos versiones al menos del nacimiento de la Vía Láctea: una es la menos difundida (aunque pudo haber sido conocida también por Juana Inés), de Cayo Julio Higino (64 a. C.-17 d. C.) en su *Poeticon Astronomicon*, donde no son uno, sino dos los lactantes: Hércules (hijo de Júpiter con Alcmena) y Mer-

curio (fruto del amor del rey de los dioses con la ninfa Maia). Se supone que cada uno se aplicaría en un seno de la celosa diosa. La otra versión, más difundida, es la de Ovidio en sus *Metamorfosis*.

Hércules era hijo del muy inquieto Zeus y Alcmena, casada con el bueno de Anfitrión, y ambos eran descendientes de Perseo. Hera, celosa de la aventura de su marido, odia al niño resultante y envía dos serpientes para dañarlo, pero el infante de ocho meses las estrangula con sus pequeñas manos. Entonces Zeus envía al niño con Hermes para que sea la misma Hera,

dormida, quien le dé de mamar y obtener así la inmortalidad. Pero el niño, al “apoyarse” para su tarea y, quizá aplicando su extraordinaria fuerza, sobresalta a la durmiente y esta suelta de sus pechos un chorro de leche que origina la Vía Láctea.

Hay un bello cuadro de Rubens que retrata *El nacimiento de la Vía Láctea* (1636-37) en el Museo de El Prado. ¿Habría visto sor Juana alguna copia, grabado o dibujo de esta obra, que encargó Felipe IV al artista flamenco para adornar la Torre de la Parada, su pabellón de caza en el Monte de El Pardo?

Según Hesíodo, lectura de sor Juana, Themis (quien encarna la “ley de la naturaleza”) es una de seis hermanas y seis hermanos (uno de ellos, Cronos), hijos de Gea con Urano; su historia es un mito fundacional que representa la unión de la Tierra con el Cielo; y es una deidad tan antigua que, el mismo Hesíodo, en la *Teogonía*, afirmaba que fue con ella con quien Zeus tuvo a las Tres Parcas (Átropos, Cloto y Láquesis). Píndaro, por el contrario, decía que las Moiras o Parcas ya habían estado en los esponsales de Zeus y Hera, y que, junto con Themis, hicieron brotar los manantiales del Océano que circundaba el mundo, y acompañaron a Hera por el brillante camino solar para ver a Zeus en el Olimpo. Es más seguro suponer, pues, que Themis concibió a las Horas (representaciones de la oportunidad) con Zeus, y a Astrea. Themis, “la del buen consejo”, es la encarnación del orden divino, las leyes y las buenas costumbres. Némesis es su agente. Themis, “la de preciosas mejillas” (según Homero), fue la que primero recibió a Hera con una copa cuando ésta volvió al Olimpo amenazada por Zeus; era la autoridad que dirigía la correcta relación entre hombre y mujer, la vida familiar legítima y ordenada, fundamento del *demos* o pueblo. Los jueces eran llamados sirvientes de Themis,

y la misma Hera se dirigía a ella como Señora Themis. Vivió casi siempre en la Tierra, pero, espantada por los crímenes de la Edad de Hierro, se fue a los cielos y se convirtió en la constelación Virgo. No hay comparación de ella con la figura romana de Iustitia, que es la más conocida hoy, con la balanza y los ojos vendados.

Thetis, en cambio, llamada la de los pies argénteos, era una ninfa del mar y una de las cincuenta nereidas, hijas del anciano dios de los mares, Nereo, y nieta de la homónima Titánide Thetis, con quien se le suele confundir. A veces, también se le confunde con la ya mencionada Themis; y fue educada y protegida por Hera. En realidad, Thetis, la madre de Aquiles, es una figura poética más que una diosa de culto. La etimología indica que su nombre es Tithemi, es decir, “constituir”, “establecer”. Quinto de Esmirna escribe que fue Thetis quien liberó a Zeus de las cadenas.

De acuerdo con todo lo anterior, parece razonable pensar que el enigmático verso “los dulces apoyó manantiales” se refiere más a Themis –como leyó Vossler– que a Thetis –según propuso, no sin alguna vacilación, Méndez Plancarte–. Así pues, resulta procedente restituir el sentido original que le otorgó el crítico alemán sobre el del exégeta mexicano, con lo cual quedaría, glosando a don Alfonso, la siguiente lectura del pasaje: “es el primogénito, aunque grosero, de [Themis (o sea, las Horas, origen del tiempo): la unión del cielo y de la tierra, el equilibrio, el orden del universo]”.⁵

Sirva esta reflexión meramente propositiva como un recuerdo de tres décadas atrás, y un homenaje a todos los ilustres comentaristas que se han ocupado del célebre poema sorjuanino y, en especial, al por tantas razones inolvidable Antonio Alatorre.

Notas

¹ Sor Juana Inés de la Cruz, *El sueño*, edición, introducción, prosificación y notas de Alfonso Méndez Plancarte, Biblioteca del Estudiante Universitario 108 (México: UNAM, 1989), 40.

² *Ibid.*, 41.

³ *Ibid.*, 95-96.

⁴ Me informa gentilmente el amigo Ignacio Arellano que el vocablo aún mantiene su vigencia y es de origen español. Aparece recogido como la cuarta acepción del término en el *Diccionario General de la Lengua Asturiana*, de Xosé Lluís García

Arias, publicado por la Editorial Prensa Asturiana en 2019: “Mamar el ternero unos instantes antes del ordeño para que la vaca baje bien la leche”; en la versión digital encontramos: “Golpe de leche durante la mamada de los lactantes”, en *Diccionario General de la Lengua Asturiana*. Acceso el 26 de mayo de 2020, <https://mas.lne.es/diccionario/palabra/38468>.

⁵ Méndez Plancarte en Sor Juana Inés de la Cruz, *El sueño*, 41.

“

Hay un bello cuadro de Rubens que retrata *El nacimiento de la Vía Láctea* (1636-37) en el Museo de El Prado. ¿Habrá visto sor Juana alguna copia, grabado o dibujo de esta obra, que encargó Felipe IV al artista flamenco para adornar la Torre de la Parada, su pabellón de caza en el Monte de El Pardo?

”

